

PROHIBIDO BESAR A LAS CHOLAS

Luiz carlos reátegui del águila

Image not found.

Capítulo 1

REFLEJO

Sucede que hay días en los que me miro al espejo y este me escupe un rostro dispensable, lastimero, sin amor. Hago un amago de sonrisa seguido de una insondable respiración que termina convirtiéndose en un suspiro nutrido con aires de resignación.

Envejeceré exánime, sin fuerzas, sin ganas de nada, sin haber tenido la oportunidad de saborear si quiera un ápice de felicidad. Convivo con la soledad desde siempre y en mis ojos se refleja esa tristeza. Alunados, desorbitados, a la deriva, extraviados en la eternidad.

El azar se ha encargado de arrebatarme la poca porción de fortuna con la que dicen que nacemos y a cambio me ha dejado un ensañamiento innecesario, feroz, que muerde de a pocos y es peor.

Difícilmente las personas se me acercan. Prefiero quedarme en casa los fines de semana, ocuparme en ciertos quehaceres, cualquier cosa es mejor que exponerme. Una vez fui a un evento social, me envalentoné en un intento desesperado por revertir aquella realidad, desoyendo la advertencia de mi mente que, incansable, me recordaba que mi condición no resistía mayor análisis, era evidente, era una cuestión de lógica y obviedad, estaba visto e igual así, desoí. No debí hacerlo.

Las miradas hacia mí en aquella reunión fueron de asco y estupor. Las mujeres no querían que me les acercara e inventaban las más inverosímiles excusas para vadear el saludo con beso en la mejilla.

Los hombres que se atrevían a darme un apretón de manos, se limpiaban las palmas con disimulo, frotándoselas en la camisa o en el pantalón, mientras yo los atisbaba desde el fondo.

Ingresé al baño que estaba a unos metros, abrí el caño del lavabo, me eché agua en la cara, y me vi. Esa tenue luz que se filtró por la ventana para alumbrar mi imagen, paradójicamente, hizo que todo me quedase claro en ese momento: a la oscuridad es donde pertenezco. Al cabo de unos minutos me retiré del lugar.

Las marcas han quedado grabadas en la piel y en el alma. Ahora rechazo de plano las invitaciones que muy rara vez me hacen llegar, ni siquiera hago acuse de recibo, mi única respuesta es el silencio.

Envío los mensajes al buzón de no deseados, sin leerlos, a la espera que

se borren automáticamente después de un tiempo.

Si es que salgo, me las ingenio para colarme sigiloso en los cines y teatros, y siempre se queda vacío el sitio de al lado. También paso a solas en las bancas de las plazas.

Hubo una época en la que sí aguardaba con esperanza que alguien se sentara y me pidiese la palabra, pero ahora ya no me importa. Estoy tan curtido que, a veces, me parece, que ya no duele. Cuando creía que ya nadie nunca me haría invitación alguna, ni por compromiso, y que estaría tranquilo en mi escondrijo, me llega un sobre en cuyo interior se solapa una carta sucinta de alguien que hacía mucho no sabía nada.

—Hola, Lucio, será un gusto pasar un momento especial, celebro un año más, cuento con tu presencia en la dirección señalada, te dejo mi número, estaré atenta, un beso, Angélica—dice el texto.

Me quedo releendo un buen rato, oscilando en la incertidumbre de determinar si el gesto es sincero, los actuados hacen indicar que sí. Está escrita a pulso y está dirigida a mi persona, lo que a todas luces es, por decir lo menos, inusual. No es una invitación masiva por e-mail como las otras.

Me cuesta sobremanera tirarla al tacho y deshacerme de ella. La tengo en la mano, la guardo en uno de los cajones de la mesa de noche. La dejo allí y me olvido, pero, a los días, cuando la fecha del evento está cada vez más cerca, me llega otro sobre que despeja deprisa cualquier residuo de duda.

—Hola, Lucio, no he recibido tu respuesta, por favor, no me falles —dice en las líneas.

Estoy en jaque, no tengo excusas, me aborda una sensación extraña, debo confesar que me agrada que se haya dado la molestia de conocer mi respuesta. Se me ha removido el cuerpo por completo. Decido marcar su número en ese instante.

—Hola, Angélica, soy Lucio, cuenta conmigo.

—Hola, Lucio. ¡Qué alegría!, genial, te espero, gracias por aceptar, tenemos mucho que compartir, besos, nos vemos.

Corto la llamada y me entusiasmo con la idea. Llegado el día, me preparo desde temprano, tengo todo listo. Separé mi mejor traje para ir bien vestido. Me ducho y procedo a cambiarme.

Al ponerme la camisa caigo en cuenta de que los puños están rasgados de tanto uso y que el botón de la parte final no está. Agarro un imperdible

para hacer sus veces y me subo las mangas aminorando el imprevisto.

Mi pantalón luce opaco y advierto una mancha a la altura del dobladillo que antes no estaba. Mis zapatos están maltrechos, la suela está a punto de sucumbir ante el asfalto. Confío que con la noche, el humo y las luces estas imperfecciones se camuflen. Salgo con destino a la dirección, el viento es frío por mi ruta. No hay gente en ninguna de las estaciones.

Las calles están desoladas y sin brillo. Estando a unas cuadras, no sé por qué camino lo más despacio que puedo, midiendo cada paso, contándolos. Ubico la puerta del lugar desde la esquina. Merodeo por los alrededores, apoyo un pie en la berma y otro en la pista. Hay una larga fila para entrar. Busco un espacio al final y voy avanzando acompasado de un ritmo marcial, como sentenciado al paredón.

Puedo escuchar mi respiro, el aire se filtra por las fosas nasales y resuena en mis oídos de manera fuerte y constante. En el umbral del ingreso, la iluminación es tan intensa que quedo al descubierto. Estoy hecho un jirón de andrajos. Esto coincide con la llegada de Angélica que baja de un auto, bella, perfecta y radiante. Camina hacia mí.

Enarco las cejas para arriba con sorpresa. Distendido mi semblante, me inclino leve intentando saludarla. Angélica no me mira, al parecer sí lo hace con el rabillo del ojo, no directamente, y pasa de largo.

La garganta se me hace un nudo pero igual sonrío al vacío. Con la sonrisa colgada, repliego el cuerpo. Me distancio de la cola. Veo mis mangas, mi pantalón y mis zapatos. Casi por inercia, abstraído, me regreso por donde vine, despacio, esta vez no cuento los pasos.

Una señora en la esquina me ofrece bebidas calientes. Asiento con la cabeza y me detengo a tomar una.

—Qué elegante y guapo, joven. ¿Dónde es la fiesta?

—Muy lejos de aquí.

LA HORA DE SALIDA

—No se va a dar cuenta, hazlo —me dice un compañero de escuela mientras me entrega un lapicero color negro.

La acrisolada correa de brigadier general que cruza la espalda de Jimmy está frente a mí.

—No seas huevón, hazle el dibujo por acusete —vuelve a decir. Jimmy es el brigadier general y ha informado al profesor sobre quienes estuvieron distraídos durante su ausencia. El salón quiere venganza y me han encomendado realizar dicha labor.

—Si no lo haces, te vamos a sacar la mierda a ti, Blanquito

—sentencia con desmesurada dureza leonina.

Soy un «medio tabla», nunca he estado entre los más rebeldes ni los más idiotas, me defiendo solo cuando es necesario, prefiero evitar las escaramuzas, los enconos, no peleo así nomás, y a veces, abogo por causas justas y creo que el brigadier simplemente hizo lo que se le encomendó.

—Hazlo tú, a mí no me acusó, sino, a ustedes —digo con una inusual hidalguía que incluso a mí me sorprende.

—Escúchame, hijo de puta, te vamos a agarrar en mancha y te patearemos tan duro que tendrás que venir en muletas. Hazlo —advierte por última vez, se retira y, junto a él, también se va mi gallardía.

El pulso me bailotea, mi frente está perlada de sudor, paso mi antebrazo por las cejas. Jimmy no se da cuenta, la punta del lapicero ha tocado su correa. Hago el primer trazo.

«Esto va a salir mal. No puedo seguir, me van a descubrir», susurro para mis adentros. Me detengo. Dejo el lapicero en la carpeta y miro a los lados. Me topo con el bando inquisidor, levantan el índice de la mano en señal de mando. El dibujo está a la mitad, aún no puede saberse su forma final. Me ordenan que lo termine. Falta poco para la hora de salida. Jimmy siente algo.

Súbitamente lleva la cabeza hacia adelante y la mirada al frente, pero no me ve, estoy justo atrás de él. Cuando Jimmy baja la guardia, redoblo la concentración y aprovecho para acabar de delinear el boceto; veo que ha quedado perfecto, lo grafiqué bien, es indudable que se vincula con él, así es cómo lo vemos, eso es lo que significa para nosotros.

Me asalta una cadencia extraña, un jadeo ya no de nervios, sino de una enrarecida satisfacción pero a su vez minada de impostura. Los demás me muestran el dedo pulgar como aprobación, les entrego de vuelta una sonrisa viciada.

Suena la campana, el profesor y todos, excepto yo, salen despavoridos del salón. Me quedo un buen rato a solas, más de lo que yo tenía pensado. Cuando observo ingresar al guardián para limpiar, sé que ya es muy tarde, es hora de irme. Al día siguiente, Jimmy no aparece, no llega a clases temprano, lo hace entrada la tarde junto a su padre, a pocos minutos de salir. El profesor se pone de pie para saludar.

—Quédese sentado, ni se incomode, le doy plazo hasta mañana para que averigüe quién fue o me las arreglaré con usted —dice su padre en tono bravío, rechinando los dientes y apretando los puños, conteniéndose.

Deja la correa de brigadier en la mesa. El dibujo queda expuesto a vista de todos, el profesor palidece boquiabierto al verlo, se deshace en disculpas.

—¡Cierre la boca! Tiene plazo hasta mañana —sentencia.

Luego se dirige a Jimmy que agacha la cabeza sintiendo una vergüenza que no debería.

—¡Y tú, hazte respetar! ¡No seas maricón! —dice nuevamente descargando la presión de su puño en el rostro de su hijo.

El salón entero se queda atónito, el padre de Jimmy cruza la puerta y se va.

—¿Quién lo hizo? —pregunta el profesor.

Nadie responde. La aureola de paz que nimbaba en nuestras cabezas hacía instantes, ha desaparecido para siempre.

—¡Quién lo hizo! —grita esta vez.

Suena la campana, el alivio de tener que regresar a casa se refleja en nuestros rostros.

—A primera hora zanjaremos esto —dice finalmente.

Todos salimos, menos Jimmy. Se queda a solas en el salón, llorando por la vergüenza y el golpe que le han propinado. Entre la confusión de la muchedumbre me pierdo camaleónico y me doy vuelta, regreso al aula

pero no ingreso, estiro los pies en puntillas asomándome por la ventana.

—¡No soy lo que ellos piensan! —le escucho decir con voz queda.

Por más que hicieron lo indecible e intentaron a toda costa saber, nunca nadie dijo quién fue el responsable y esto trajo como consecuencia que cambiaran a Jimmy de escuela, no supimos más de él y tampoco dejó rastros. Desapareció, se esfumó, se hizo humo.

Se mudó de casa, no habíamos reparado que se podía llegar a tanto. Empezamos a sentir su ausencia y un incomprensible pesar que nos oprimía. Nadie pronunciaba su nombre porque eso arremolinaba nuestro sentido de culpabilidad; si alguien lo hacía, quedábamos en silencio, desviábamos las miradas, tragábamos saliva y respirábamos hondo a escondidas.

Muchos preferían pararse e irse, algo no andaba bien entre nosotros y nada volvió a ser igual. Han pasado los años, tengo un trabajo hartito rutinario, de fatiga predecible, exenta de aventuras en una oficina de registros.

Los días son calcos del anterior. Tomo como siempre la misma ruta, subo al bus a la misma hora, llego puntual a mi escritorio y cumplo a cabalidad el ritual de saludar con evidente desgano a los demás.

Ajustamos nuestras corbatas y esperamos que abran las puertas de la oficina para mostrar una mueca que pretende ser una sonrisa. Las consultas son las mismas, las personas que vienen son las que vemos a diario. Alguien se sienta para ser atendida.

—Señorita, hay inconvenientes en el sistema. —Coloco su número de identificación y me sale otra persona. Veo en su mirada una fuerza erótica soterrada.

—No hay ningún inconveniente, así me llamaba de niño, en mi infancia —me dice.

CARAMELOS

Observo la ciudad de Lima desde la ventana de mi edificio. Vivo en el piso once, todo parece apacible desde arriba; veo una ciudad sosegada y amable, donde se ha desterrado la hipocresía y ha cesado para siempre la hostilidad. Eso me hace recuperar en algo la paz, abrigo la esperanza de no resignarme a tener que ver a esta Lima desde arriba.

Voy al comedor. Mi padre lee atento el manual de un cronómetro que se ha comprado, pues, a sus 77 años, de seguro que ya se dio cuenta de que es poco el tiempo que le queda y no hay marcha atrás, ya es demasiado tarde para nosotros. Ni se inmuta con mi presencia y menos me dirige la palabra.

Así es cada mañana, debo ir a trabajar, saldré de la misma manera, con supina indiferencia rayana en el desprecio, sin expresarle casi nada. Tomo un sorbo de jugo de naranja y agarro un pan al vuelo, no hay qué untarle, hace mucho que ya no hay.

—Voy a salir —le digo, y caigo en la tentación de procurar un nuevo intento, de tantos que he venido haciendo desde que tengo uso de razón por captar su atención, pero es inútil.

Su despedida es fría, como sus manos, como sus mejillas, como la perilla de la puerta que me lleva al ascensor. Mi padre hace un ademán castrense sin despegar los ojos de aquel manual en el que se ha concentrado fijamente, así es su adiós todas las veces, despreocupado, mirando a cualquier otro lado y menos al frente.

No conozco a ciencia cierta el color de sus ojos. Prefiero no reclamar y preservar el aplomo para evitar el rifirrafe, el fuego cruzado. El único lugar donde tengo cierta tranquilidad, es ahí, en ese espacio de noventa y nueve metros cuadrados y no quiero viciarlo, ni infectar su aire con riñas que él aduce que banales.

Bajo del edificio con dirección al estacionamiento. Subo a mi auto y salgo a la calle. Con cada cuadra que avanzo, la ciudad va cambiando. Ya no es la de hace un rato en mi ventana, es una totalmente distinta que, me enzarza, me escupe. Manejo silente, me aturde sus elevados decibeles. Mientras más me acerco al centro de sus entrañas es peor.

Los hombres esquivan las miradas, no te dan la cara, otros se muestran vehementes, ásperos. Es un festín de varapalos entreverados, y yo, sin saberlo, me voy convirtiendo en uno de ellos, me voy convirtiendo en mi padre. Me sigo adentrando y es peor. Ahora ya soy uno de ellos. Tengo las uñas de mis manos clavadas en el timón, tengo el ceño fruncido, las pulsaciones rabiosas, la vista fija hacia el frente y transpiro copioso y frío, como cuando tienes vacío el pecho, como cuando se te han esfumado los

sentimientos del cuerpo, como cuando eres mi padre.

Acelero, violento y energúmeno, intentando ganar los cruces. La luz amarilla no es de precaución, sino, la posibilidad de sacar ventaja, de pasar al rojo que sobrepasa y cerrar al que viene en transversal, ocupando un espacio que no es mío, midiendo con el rabillo del ojo mi condición incólume y ver si es que hay alguien que se atreva a decirme algo. Voy lo más rápido que puedo, con mi actitud talionista, quiero sabotear al amarillo de nuevo.

—Que no se cambie a rojo, no, no, no, qué salado, carajo.

El semáforo acaba de cambiar en el cruce de Jr. Junín con Lampa. Hilario se confunde decidido entre la gente, trata de pasar desapercibido entre ellos suponiéndose uno más pero no lo es, va cruzando por la línea peatonal, aprovecha la quietud de los autos, se detiene en medio de la pista, está en silla de ruedas porque no tiene ambas piernas. Luce un pelo percutido, un pantalón corto para que se vea el muñón claramente y sepa que no miente, el rostro lo tiene magullado, infestado de surcos en todas direcciones, eso sumado al castigo del sol en verano, el cabello que le cae por delante le cubre los ojos, igual decide no alzar la vista y concentrarse.

Con los gruesos y callosos dedos saca unas pequeñas pelotas. Comienza a hacer piruetas y malabares; el retortijón del estómago le recuerda que tiene hambre, pues, siendo entrada la tarde, nada ha comido desde que se despertó, pero traga su saliva y aguanta, se debe a su público, la función tiene que continuar y sigue con su acto.

Luego de un par de trucos más, concluye. Inclina un poco el cuerpo en señal de agradecimiento, esperando una ovación y unas palmas que nunca llegan a sonar, que son imaginarias y que solo él, detrás del cabello que le cubre los ojos, logra escuchar. Con la fuerza de sus brazos se dirige hacia mí, se detiene a mi lado.

Lo miro de reojo, estoy impaciente, contando los segundos en el marcador, dudo un momento, bajo ligeramente la ventana pero desisto de mi intención, estoy apurado, no puedo prestarle atención, será para la próxima. Vuelvo a subir la ventana hasta el tope, no le doy nada. Va al auto de al lado. Sofía, una niña de cinco años, baja la ventana trasera de su asiento, extiende su brazo y le da todo lo que encuentra de valor en sus bolsillos. Hilario abre la mano. Me quedo perplejo. La niña le ha entregado sus caramelos. Hilario comienza a llorar, él no quería dinero. Sofía no está infecta y quizá sea la última oportunidad que nos queda. El auto se me apaga, la imagen se torna borrosa, parpadeo varias veces para recuperar la nitidez, me fijo a los costados, desesperado, deseo saber si todos lo han visto, pronto caigo en cuenta de que soy el único

testigo. Me quiero bajar, pero los bocinazos de los hombres y los de mi padre me obligan a avanzar.